

La Lora: El país y sus habitantes

(Conclusión).

Hemos dicho anteriormente que las zonas de pastos no escasean en la Lora; y por eso, cuando se trata de exponer la pequeña riqueza de esta comarca, no podemos olvidar a la ganadería, compañera inseparable de la agricultura en su tarea de ayudar al desenvolvimiento de la economía de la región.

Los eriales de los páramos, mantienen abundante ganado lanar, y vacuno en menor proporción; el cabrío ha disminuído, aunque este descenso ha sido debido a los destrozos que, como en otras regiones, causa en las plantas cultivadas.

A pesar de que la descompuesta climatología parece indicar otra cosa, en la actualidad ha desaparecido la trashumancia, que se practicaba hasta hace medio siglo, recordando los ancianos de los pueblos, el paso de grandes rebaños de merinos por las cercanías de la Lora, que desde Santander marchaban a las tierras del sur, y a los que se unían los ganados propios de los vecinos de la comarca.

Con la desaparición de la trashumancia, ha coincidido también el decaimiento de la ganadería, que después de haber permanecido estacionaria durante mucho tiempo, tiende a disminuir en los últimos años.

El ganado se retira todas las noches a sus respectivos domicilios, saliendo por las mañanas en busca de alimentos al campo. Tiene una talla mediana, en cualquiera de sus especies, abundando en el lanar los animales de lana blanca, habiendo disminuído mucho los de lana negra, que abundaban hasta hace pocos años. De éstos se extrae poca leche, pues ésta sirve de alimento a las crías. Durante la época de las nieves es preciso alimentarlo en los establos o tenadas, en los que consume el pienso almacenado en los grandes pajares de que constan las viviendas, y a los que antes hemos hecho referencia. Y a la misma característica climática, a la dureza del clima, responde el hecho de que los sementales en esta clase de ganado no son juntados con las hembras hasta una época determinada muy avanzada, pues el nacimiento de las crías debe tener lugar durante el mes de febrero, con objeto de evitar su muerte por el frío y facilitar la simultánea alimentación.

El ganado vacuno es fundamentalmente animal de trabajo, poseyendo una pareja los labradores más pobres; es corriente la posesión de dos o más, y siempre, una de bueyes para el trabajo fuerte, y otra de vacas o novillos para las faenas ligeras de ayuda.

Se cría también el ganado de «huelgo», llamándose así al vacuno que se destina a la venta, por lo que no realiza ninguna clase de trabajo. Y lo mismo con éste, que con el lanar, júntese los de cada pueblo, formando en algunas aldeas rebaños superiores a las mil cabezas, que bajo el cuidado de un solo pastor, pagado por los vecinos, marcha al campo durante el día, recogándose al llegar la noche el de cada propietario en su respectivo establo.

El ganado mular, aunque las condiciones físicas le son favorables para su desarrollo, escasea por la abundancia de bueyes, lo mismo que el asnal. Hasta que se abrieron las carreteras y caminos que surcan estos páramos todas las familias tenían algún ejemplar de ganado caballar, para el transporte de las personas de unos pueblos a otros; pero hoy, han desaparecido con el avance de los transportes mecánicos.

La cocina de la Lora utiliza en gran cantidad la carne de cerdo, muy apropiada para la alimentación por las calorías que desprende, tan necesarias en esta tierra fría. Y para surtirse de ella, cada vecino posee una cerda, cuyas crías o «lechigadas» se desarrollan en la propia casa, para ser vendidas a los dos meses de nacidas. La patata y algo de cebada constituyen la base de su alimentación.

Las aves de corral, palomas, gallinas, etc., tienen escasa representación, aunque todas las familias las poseen, pero en escasa cantidad.

País de tan escasas posibilidades agrícolas y ganaderas, tendrá por tanto una industria insignificante, representada por dos o tres molinos harineros y por la elaboración de quesos para el consumo familiar. Estos, debido a la altitud de la comarca y a los vientos adquieren un sabor especial; pero como la materia prima es escasa, no llegan a obtenerse cantidades que merezcan la exportación.

Entre los productos que se exportan figuran, como ya hemos indicado, la patata y las crías de cerdo, que adquieren gran desarrollo en los pueblos de las tierras más meridionales. La lana, por su excelente calidad, es muy buscada por los comerciantes burgaleses, pero las pocas cantidades que de ella se obtienen, no hacen aumentar mucho la riqueza de la economía comarcal.

Esta región, por sus desfavorables condiciones climatológicas y por su situación, no es lugar apropiado para la celebración de ferias y mercados, ni tampoco en los siglos pasados; sus naturales acuden a las que tienen lugar en

Aguilar de Campóo, Cervera de Riopisuerga, Reinosa, Villadiego, Sedano y Burgos.

El páramo de la Lora, como hemos tenido ocasión de indicar, se halla asentado en una gigantesca masa de piedra caliza que asoma a poco que se excave en el suelo. Esta masa rocosa ha permitido la explotación de canteras de este material, de calidad superior, marmórea y fina, que se utiliza con pocas manipulaciones para la construcción, por sacarse con gran facilidad sin que sufra deformaciones importantes.

La economía de la Lora se halla servida por dos carreteras importantes: la que va de Burgos a Aguilar de Campóo, que roza al Sur de la región, pasando por Basconcillos del Tozo, Arcellares, Pedrosa de Arcellares y Llanillo, y la de Burgos a Santander, que ciñe por Oriente las tierras de la comarca. Hasta la guerra de 1936-39, los centros de población del páramo, propiamente interior, no tenían otras comunicaciones que sendas rudimentarias; pero el establecimiento, en aquella lucha, del frente en sus proximidades, obligó, para satisfacer las necesidades militares, al trazado de dos rutas que atraviesan hoy la Lora por su propio corazón: una que va de Basconcillos a Lorilla y otra que llega a este mismo poblado partiendo de Munilla; ésta quedó sin terminar. El ferrocarril más cercano es el que va desde Santander a Madrid, en su estación de Aguilar de Campóo, que concentra todo el tráfico pesado de la comarca.

VIII. — La población y sus modos de vida

El tipo predominante en la región es de estatura baja, resistente al trabajo, sobrio, de costumbres sanas y honestas y de temperamento un poco frío, como castellano norteño. La tristeza reflexiva de Castilla, parece que se transmitió a los hijos de estas tierras, pacientes, herméticos, bravos, con carnes cajutas y almas reconcentradas, que han bebido del horizonte pelado la virtud del silencio. La uniformidad del paisaje, hízose en su espíritu ecuanimidad y contemplación; durante horas enteras permanecen en el campo sin cansarse, poseyendo una activa vida interior.

Alguien ha pretendido que los habitantes de esta comarca son avaros, juicio completamente erróneo, pues no hay que confundir la avaricia con la economía, cosa lógica considerando el gran esfuerzo que tienen que desarrollar para llevar adelante su vida y conseguir algunos pequeños ahorros. Por ello son desconfiados, temiendo a los desconocidos, siendo poco amigos de las innovaciones hasta que las ven palpablemente en la práctica; respondiendo también a esto, la rutina que resplandece en sus actos y faenas agrícolas, en las que siguen practicando usos y costumbres de sus abuelos, aunque estén desterradas por el progreso moderno.

Es célebre la veracidad de estos hombres, que emplean en su conversación un castellano purísimo, conservando incluso, debido al aislamiento en que ha estado la comarca hasta hace pocos años, modismos de nuestro idioma de tiempos pasados; y así ellos dicen corrientemente «el mi perro», «la mi mujer», utilizando frecuentemente ese artículo, tan empleado en los siglos XV y XVI. Su conversación está salpicada de abundantes refranes, siendo poco apasionados en ella, lo que se traduce también en la poca inclinación que sienten por las innovaciones políticas y sociales y en la ausencia de peleas con los demás hombres, a no ser que medie provocación.

Aunque el medio físico es muy sano y no existen enfermedades propias de la región, la edad media alcanzada por sus naturales no suele ser muy alta, ya que, el excesivo trabajo a que se ven sometidos tan pronto como tienen desarrollo suficiente, acaba con su vigor físico. Es raro encontrar ancianos de 80 años, siendo muy pocos los que viven más de 70. Siendo otra característica de la región, en este orden, la gran mortalidad infantil, muy acentuada por la incuria general y por la desatención a que se ven sometidos los niños pequeños, que se crían de cualquier modo, abandonados por sus madres, pues éstas tienen que dedicarse al trabajo en el campo.

El alcoholismo como plaga social no existe; y aquél que se embriaga provoca la indignación y la censura de todos, debido al sentimiento exagerado que tienen de la dignidad humana.

En resumen, estas características humanas y psicológicas de los habitantes de la Lora, no son otra cosa más que una consecuencia de la adaptación de su espíritu al medio geográfico de la región. Las almas beben en el horizonte aquellas virtudes; y la uniformidad del mundo físico, hace que su mentalidad posea en alto grado la ecuanimidad y la contemplación. Como decía un escritor, aplicándolo a otras zonas, «su dura tierra, que ni ríe con la primavera, ni suspira con el otoño» hace a sus hombres estóicos y nobles.

En la Lora existen costumbres típicas, pero sin que podamos considerarlas como propias de la región, pues con mayores o menores modificaciones, se presentan también en cualquiera de los pueblos que rodean a la comarca.

No existen bailes típicos, danzándose hasta hace muy pocos años en la plaza pública al compás de la pandereta; y existen cofradías constituídas por los vecinos de varios pueblos con la finalidad de prestarse ayuda en los entierros, funerales, etc.

Entre Pedrosa y Arcellares se halla el santuario de la Virgen de la Vega, de gran devoción en todos los pueblos. Costumbres típicas son también las ceremonias que tienen que realizar los muchachos para entrar en la

categoría de mozos, para lo que tienen que realizar algunas acciones y abonar determinados derechos; a cargo de éstos se halla también el tocar las campanas la víspera de las ánimas, el cantar por las calles el 1 de marzo (Las Marzas), preparar hogueras y adornar con plantas las casas del vecindario el día de San Juan. Como cosa curiosa de la comarca, destacaremos los pretendidos derechos que poseen los jóvenes de cada pueblo sobre las novias, pudiendo exigir los mozos al padrino, el día de la boda, una cantidad determinada por la desaparición de una chica soltera. Los juegos de bolos y de la barra constituyen el principal entretenimiento de las tardes de las jornadas festivas.

Como país agropecuario y tradicional, la base de la alimentación es el pan, consumido en gran cantidad, y la carne, preparándose en sus cocinas el cocido castellano, hecho a base de garbanzos y carne. La bebida corriente es el agua, y el vino en los días festivos o grandes solemnidades, pero sin abuso de él.

El vestido corriente no representa modalidades geográficas de ninguna clase; pero el utilizado por los pastores supone una adaptación del mismo al medio, estando hecho a base de pieles de oveja, unidas entre sí, constituyendo las típicas zamarras, y cubriéndose la cabeza por una gruesa gorra de pellejo. Calzan zapatos y almadreñas o zuecos, que mantienen siempre seco el pie en la época lluviosa, y que facilitan el caminar por encima de la nieve.

En la actualidad la comarca de La Lora pertenece administrativamente al municipio de Sargentos de la Lora, que comprende los siguientes centros de población: Ayoluengo, Ceniceros, Lorilla, San Andrés de Montearados, Sargentos de la Lora, Valdeajos, Moradillo del Castillo y Santa Coloma de Rudrón.

Los pueblos pertenecientes propiamente a La Lora, experimentaron entre los años 1849 y 1910 las siguientes variaciones de población (4).

Censo de	1849	1910
Ayoluengo	26	84
Lorilla	28	70
San Andrés de		
Montearados	38	169
Sargentos	68	185
Valdeajos	51	200
Total	211	708

(4) Los datos referentes a 1849, han sido tomados de Pascual Madoz, ob. cit. Tomo XIV, Página 58.

El censo de 1940 indica para todo el municipio de Sargentas, la cifra de 1034 habitantes.

IX.—El poblamiento y sus causas.

El «habitat» eminentemente rural de La Lora se agrupa formando lo que Demangeon llama «regiones de pura concentración» es decir, en sitios en los que la población se compone exclusivamente de casas más o menos juntas.

La población no se halla diseminada en caseríos, sino formando pequeños núcleos de viviendas, con casas apiñadas, encontrándose los pueblos próximos los unos a los otros, con escasez de moradas en el campo, debido a la abundancia de nieves, que obligarían a evacuar las viviendas aisladas si existiesen, y al sentimiento de mútua ayuda que la dureza de la naturaleza ha impreso en la conciencia de todos los vecinos; naturalidad que se manifiesta, por ejemplo cuando el morador de una casa, para salir de ella, tras una intensa nevada, abre una senda. y se tropieza, cuando lleva adelante su trabajo, con el vecino de otra que está realizando trabajo idéntico; modo de ser, que unido a los peligros actuales se refleja en los llamados concejos o conjunto de de vecinos de cada pueblo, reunidos por el alcalde pedáneo para los trabajos en común.

El emplazamiento de cada poblado está señalado en primer lugar por el terreno llano, buscando las superficies planas Basconcillos del Tozo y Lanillo, a lo que alude su nombre. Otros se hallan al abrigo de los vientos fuertes dominantes, como los del valle del Rudrón: Hoyos del Tozo y Barrio Panizares; otros, finalmente, se sitúan en las colinas, al lado de los suelos fértiles, aunque tengan que sufrir las durezas del viento: Respenda de Aguilar, Villaescobedo, Mundilla y Pedrosa de Arcellares, colocados precisamente entre los límites de tierra cultivada los de la zona más árida e impropia para el cultivo, del interior del páramo.

La misma explicación geográfica tiene la situación de Lorilla, el pueblo más septentrional de la comarca, colocado en la parte norte de la meseta, pero en el borde de la misma, al lado de un tajo profundo que se abre en sus casas extremas. A su alrededor existen unas cuantas fincas de buena tierra cultivable, en las que, como en un oasis, se crían algunas especies en medio del desierto pedregoso que las rodea. En Lorilla no se nota el cierzo, precisamente por su situación. Como que no pueden beldar con viento norte.

El plano de cada una de estas aldeas es bastante uniforme: todas las casas se hallan contiguas las unas a las otras, formando calles cerradas, sin espacios intermedios, ni huertos, pues los pocos que existen se sitúan en las afueras de los poblados, apiñándose el caserío en torno a la iglesia, que ocupa el sitio preeminente. Llanillo y Pedrosa de Arcellares se escapan de esta regla gene-

ral; mas estas excepci3n est1 impuesta por la carretera que atraviase a ambos poblados, agrup1ndose las casas a los lados de la misma, despu3s de haber abandonado, desde que se abri3 aqu3lla al tr1fico, el emplazamiento en otros lugares cercanos. La carretera es posterior y no atraviesa el pueblo de Pedro-sa, sino que pasa por un costado de la colina en que est1 asentado el pueblo.

De todo esto se deduce que en la Lora los f. cttores que han influido en esta forma de «habitat» han sido de dos tipos: f3sicos, por la influencia del relieve, clima y vegetaci3n natural; y econ3micos, por las explotaciones gana-deras y agr3colas, rendimiento del suelo, etc. (5).

Esta forma de poblamiento no parece que haya sufrido modificaciones apreciables en el transcurso de los siglos, pues los restos de despoblados son muy escasos e inciertos. Y esto tiene cierta explicaci3n en esta regi3n, de medio geogr1fico tan duro como el que hemos expuesto, y al que se ha adapta-do, aun dentro de sus imperfecciones, de la mejor manera posible, el empla-miento de los n3cleos poblados. Buscar otros lugares hubiese supuesto un contrasentido respecto a los dictados de la naturaleza.

El poblamiento hist3rico tampoco est1 sealado como en otras regiones por medio de castillos, tan abundantes en la provincia de Burgos. Y la ausen-cia de fortalezas en la Lora tiene tambi3n una explicaci3n f3sica, porque esta zona, m1s que por los hombres se ha defendido siempre por s3 misma de las invasiones extrañas, pues lo abrupto del terreno, protegido al norte y sur por barreras naturales y pasos dif3ciles, hac3a poco menos que imposible la pene-traci3n hacia el interior, y como tampoco constitu3a esta regi3n un punto obligado de paso hacia otras tierras, pues las comunicaciones entre el valle del Duero y Santander siempre contornearon la Lora por sus extremos, ello explica la paz relativa que disfrut3 en la historia y la ausencia de fortalezas por sus campos y valles.

La ausencia de luchas y de guerreros justifica tambi3n la falta de palacios y casas solariegas, pero la profunda fe y la vida tranquila y pac3fica de sus moradores, tambi3n se explica por los edificios religiosos que se conservan hoy, siguiendo la direcci3n de la carretera de Burgos a Aguilar de Camp3o, en la que se ha sealado una ruta rom1nica, marcada por varias iglesias, entre las que destaca la de Mundilla, con una portada excelente. En Barrio Pani-zares existe un buen ejemplar del g3tico.

(5) El Dr. Manuel de Teral seala que los factores que han podido influir en las formas del «habitat» pueden ser f3sicos, sociales e hist3ricos y econ3micos. Para conocerse el m3todo y sistema que deben utilizarse en esta clase de investigaciones geogr1ficas, v3ase su trabajo «Programa para el estudio del habitat rural». Rev. «Estudios Geogr1ficos» n3m. 27 p1g. 418 y sig.

X. -- La vivienda.

La vivienda constituye, como dice Vidal de la Blache, «una de las señales fieles de la mentalidad de los que la habitan», retratando perfectamente al hombre, y constituyendo la casa aldeana, como dice Spengler (6), el gran símbolo del sedentarismo.

Las viviendas en la Lora, apiñadas como hemos dicho, formando pequeños núcleos, toman una coloración que desde lejos se confunde con el terreno que las rodea, adaptándose en sus tonalidades exteriores, a la fisonomía dominante del paisaje. Están construídas en su mayor parte de piedra, hoy abundante en cualquier sitio y que se presta fácilmente para la construcción por extraerse de las canteras figuras bastante regulares y de pequeño tamaño, por lo que son muy manejables en la albañilería. Únicamente utilizan bloques grandes para colocarlos encima de los dinteles de puertas y ventanas, en los que se procura sustituir por éstos a la madera, que hasta hace algunos años se utilizaba, con mal resultado, pues las inclemencias atmosféricas acababan en poco tiempo con las más resistentes. Las paredes interiores son rellenas por adobes, y a veces por ladrillo, aunque éste es raro, por economía.

El tipo más corriente de habitación ocupa un espacio bastante grande, por la gran amplitud que se les dá a los huecos destinados a almacenes de paja y heno. Generalmente se compone de planta baja, un piso superior y, finalmente, un desván debajo del tejado. En el piso más inferior, además de los almacenes y cuadras, está la cocina, de gran tamaño, y con un fogón amplio, alrededor del cual transcurren las horas de descanso invernales. Y como el frío intenso todavía no puede ser combatido de este modo, a imitación de las casas de la Tierra de Campos, las viviendas de la Lora están dotadas de la «gloria», es decir, un sistema de calefacción formado por una serie de huecos debajo del suelo, por entre los que circula el aire que se calienta en un horno excavado en el suelo de una habitación cercana, alimentado por paja o brezos.

El piso primero es el destinado a habitaciones de descanso, siendo el desván el almacén de los productos de poco peso, o el depósito de cuantas cosas inservibles se van acumulando en el transcurso de los años.

Son muy raros los balcones, lo que se explica por el clima, poseyendo las casas ventanas pequeñas y en poco número por la misma razón, y permitiendo escasamente la entrada de la luz del exterior.

La cubierta presenta una inclinación regular, en armonía con la cuantía de las precipitaciones lluviosas, estando formados los tejados por teja árabe;

(6) Oswald Spengler. La Decadencia de Occidente, Vol. III, pág. 130.

tienen dos vertientes, con el eje de los mismos perpendicular a la fachada, alero pequeño y chimenea mediana, pero muy estrecha.

Adosados a la casa se encuentran los corrales o espacios pequeños cercados, dedicados a almacén de los productos de más peso, como la leña, o a depósito de los instrumentos agrícolas, vivienda de las aves de corral, etc.

Vemos, pues, que la característica especial de la vivienda de la Lora es el gran espacio destinado a almacenes, que ocupan la mayor parte de éste, organización de la casa que tiene explicación en el clima y en la actividad a que destinan sus moradores la mayor parte de su existencia.

XI. -- Datos históricos.

Dada la naturaleza del terreno y el lugar en donde Augusto estableció su cuartel general (Sasamón) es lógico pensar que en estos montes, que se encadenan con los de Reinosa, encontraran su apoyo los cántabros en las luchas contra Roma, en tiempos de aquel emperador, que si bien los venció, no logró dominarlos en su totalidad.

Los siglos pasaron por estas tierras con relativa tranquilidad, impuesta por su aislamiento natural; pero éste, precisamente, fué el causante de que al ponerse en contacto los reyes de Asturias con esta parte de la Cantabria, constituyesen estas tierras uno de los núcleos principales de la reconquista, pues esta zona no fué dominada por los árabes, como lo prueba la ausencia total de restos de esta civilización.

A medida que la reconquista avanzó, los montes de la Lora perdieron su importancia estratégica, que ya no recobraron hasta la guerra de la Independencia con el paso de alguna columna francesa, que obligó a los moradores a refugiarse en el Páramo, y en la guerra carlista, que como sitio inaccesible, fué escogido por algunas partidas de Don Carlos, partiendo de allí en sus correrías. La guerra de 1936-39 pasó cerca de su suelo, pero la rápida desaparición del frente santanderino, hizo que pronto se olvidase de esta comarca la estrategia militar.

Un error bastante extendido ha difundido la opinión de que, al tener lugar la invasión árabe, la comarca debió quedar despoblada, como intentan probarlo por los nombres de algunos pueblos, indicadores de una repoblación posterior por familias vascas: Báscones, Basconcillos del Tozo, etc. Mas con esta opinión no estamos conformes, ya que, como hemos dicho, es improbable el dominio árabe en estas zonas, y tampoco puede servir de fundamento a la pretendida repoblación vasca, la denominación de algunos pueblos, pues concretamente, los señalados proceden, no de raíces vascas, sino latinas, ya que «basca» equivale en este idioma a «cavidad de agua», indicando etimológicamente Báscones, un punto en donde hay hoyos grandes en un río (como

en efecto se ven en el lecho de su surco fluvial) y Basconcillos, un sitio con hoyos pequeños, que aparecen en el río Valtierra, que atraviesa este centro de población.

XII. — Conclusiones

El régimen agro-pecuario constituye la base de toda la economía de la Lora, como acabamos de exponer, proporcionando los elementos esenciales para la alimentación, y sirviendo de fundamento a las rudimentarias relaciones económicas desarrollada en su suelo.

Mas como la pobreza de éste es muy grande, y el clima no favorece el desarrollo de los cultivos, el habitante de esta comarca es un trabajador rudo de la tierra, esforzado y tenaz, que arranca del suelo una cantidad muy escasa de productos, pero que de una manera modesta son suficientes para atender a su sobriedad tradicional. Seguramente que ninguno de los núcleos poblados de esta zona conocerá en los tiempos futuros períodos de gran prosperidad; mas es probable también, que el hambre que acompaña a regiones más adelantadas en determinadas épocas, no alcance tampoco a la población rural de la Lora, habituada a un nivel de vida bajísimo, en armonía con los rendimientos que logra sacar de su región, pero que cubren las pocas necesidades que se ha creado en su vida cotidiana.

DR. ISIDORO ESCAGÜÉS Y JAVIERRE

Catedrático de Geografía e Historia.